Ricardo Hurtado Sagredo

Ricardo Hurtado fue músico y poeta. Nació en Valparaíso en 1908. Vivió muchos años en Punta Arenas desempeñándose como Inspector Provincial de Educación. Sus estudios los hizo en Santiago y allí recibió el título de profesor. Se especializó en historia, geografía y legislación social. En Punta Arenas dictó clases en varios establecimientos educacionales. Destacó en literatura y fue uno de los fundadores y animadores del Centro de Escritores de Magallanes, además de presidente del centro en más de una oportunidad.

Regresó a Valparaíso en donde lo sorprendió la muerte en 1977.

Su producción literaria en el género de poesía registra los volúmenes "Raíces al viento", 1962, y "La nieve en la llama", 1967.

También incursionó en la prosa. Sus cuentos se publicaron en revistas regionales y obtuvo distinciones honrosas en diversos concursos literarios. Su novela "Siempre queda una esperanza" fue premiada en la justa literaria auspiciada por la Ilustre Municipalidad de Punta Arenas, con motivo de la celebración del primer centenario de la fundación de la capital austral.

Durante sus años de radicación en Valparaíso tuvo una participación activa en los quehaceres literarios de la V Región. Está incluido en la antología "Poetas Porteños" de Luis Fuentealba Lagos, ediciones Océano, Sociedad de Escritores de Valparaíso, 1968. De su cuento "Mundo de soledades" extractamos:

"Ramón Levicoy había llegado a Punta Arenas un lejano domingo de octubre, a "hacer las faenas", por primera vez. ¡Qué lejos y qué atrás había quedado Puqueldón, que había sido su mundo, con Ichuac, Chonchi y Vilupulli, hasta que resolvió embarcarse para Magallanes, después de observar que, la gente de Lemuy, que iba a trabajar al norte de las minas o al sur de las estancias, eran los "puntareninos" que volvían después de algunas temporadas, quienes traían a la Isla sus buenos pesos y quienes, cuando la suerte los había acompañado y "habían pasado el alambre" llegaban con moneda argentina ¡que valía por diez!

El personaje tiene un fin trágico:

"Hacía rato que había dejado de nevar y del cielo brotaban torrentes de estrellas que plateaban la blancura interminable de la pampa, cuando la bestia, sin silla y sin jinete, llegó a su querencia arrastrando las riendas que dejaban una estela de espuma en el tranquilo mar de nieve".

****

Ateli-er literario 24

Comentario de libros.

"Entre el cielo y el silencio",

Nicolás Mihovilović.

¿Dónde nace la literatura? ¿Dónde nace este afán del hombre de crear un mundo nuevo con sus sentimientos y sus vivencias? ¿Dónde este afán de recrear la realidad?...

Podría pensarse erróneamente que el arte de la palabra está ligado a las grandes urbes, a las grandes bibliotecas; a lugares donde habitan sociedades de escritores, universidades, academias. Puede que más de alguien erróneamente lo piense, pero la lectura de una obra de Nicolás Mihovilović lo sacará rápidamente de su error: grande entre los grandes, en un pueblo desconocido para el mundo, en una región inhóspita y olvidada surge el genio. Allí donde está el hombre frente a sí mismo, está la semilla, está el sentimiento y está la creación. En la soledad, en el viento, "Entre el cielo y el silencio" un hombre tiene tiempo de mirarse hacia adentro, tiene la oportunidad de ver a su alrededor y sentir como este mundo que lo circunda se incorpora a su ser, lo desborda y de él nace recreado.

En este rincón del mundo, anónimo a las grandes ciudades surge un escritor genial, cuya genialidad nace de la capacidad de descubrir que el hombre es elementalmente humano, intrínsicamente humano, carne y espíritu; que el hombre no se hace con vestimentas caras y autos de lujo, sino cuando existe desprovisto de todo ello y sólo vestido con sus sentimientos y pasiones, con sus mezquindades y temores, con sus penas y alegrías. El hombre que está de pie en sus cuentos es un ser íntegro, puro, alegre, como recién inventado; ajeno al ropaje que le atribuye la sociedad consumista para calcular su valor y precio.

Carmen, protagonista, en el capítulo "Pueblo Chico" es una joven de 20 años, con un sentido elemental de la coquetería y casada con Gallardo, un ovejero diez años mayor que ella. Su juventud la lleva a querer "vivir con los tiempos" y motivada por los figurines que compra en la casa Central de los hermanos Mimica, arregla sus vestidos ya que las polleras se llevarán arriba de las rodillas ese año y como ella tiene lindas rodillas...

Su inocente juventud no adivina que su afán por seguir la moda desencadenaría un vendaval en el pueblo y una gran tragedia en su breve y anónima vida. Las murmuraciones de las viejas, la crítica de las muchachas que tenían las piernas flacas o torcidas, la acción en pro de la moral de las damas de la acción católica que no actuaban en forma tan católica ni tan moral, tuvieron por respuesta las palabras airadas del párroco del pueblo, que para terminar con las habladurías señaló que lo más importante no está en el largo del vestido, sino en saber cuidar lo que está debajo de este. El pudor y la virtud no están en el exterior, sino en la buena o mala intención con que se hacen las cosas.

La monotonía y el aburrimiento estimulan la imaginación de mujeres solitarias, destinadas a esperar por meses al hombre que está en la faena, siendo apenas como cosas animadas que deben hacer marchar una casa y tener de vez en cuando un hijo para defender el apellido del esposo y justificar el matrimonio. En un ambiente así, una muchacha sin ser llamativa, que tiene el alma llena de simple alegría, forzosamente se convierte en el centro de la atención maliciosa y en el objeto de conquista de algunos, que como el guacho Norambuena aprovecha la ausencia del marido para cortejar a la mujer, considerando esto un desafío.

El hombre despechado, instintivo, en su mente afiebrada supone que ella, coqueta por naturaleza, lo rechaza a él, pero acepta a otros y amparado por la soledad y la obscuridad comete el mayor crimen contra la femineidad y la creación, el crimen que ultraja a la mujer, como hembra, como madre, como amante, como mujer y como ser humano, transformándola en objeto.

Las acciones se desencadenan hiriendo tan profundamente que no hay posibilidad de cura, no hay camino de regreso. ¿Sería la causa de este infortunio su belleza, la pollera corta o su natural coquetería?

La pequeña gran tragedia hace presa fácil del matrimonio; la maledicencia, la honra burlada, el honor masculino herido llevarán hasta el límite a estas pobres almas, que se han perdido en la ingenuidad de no saber medir sus pasos. Gallardo, destruido moralmente en la bebida y la violencia; Carmen, destruida por su propia voluntad, sumergida hasta la muerte en el mar helado, que junto con arrancarle la vida lavará en ella el pecado. ¿El pecado de querer usar la pollera a la moda?

Mercedes Yutronić.

"Pocas tumbas"

Por Santiago Pérez Fanjul (*)

Cuando murió el cocinero de la estancia "La Ruinosa", de esto hace varios años, el capataz reunió a la peonada y preguntó se había alguno capaz de manejar la cocina por unos días. Pasaron los instantes y como nadie respondiera, Juan de Dios Barría, un chilote colosal, tomó la palabra:

- Nunca hai sido cocinero; pero si mis compañeros no son delicaos, yo puedo hacerles la comía.

- Ta bien nomá, macanudo, dijeron los hombres casi a coro.

- Muy bien, agregó don Carmen, el capataz, total esta va a ser por un par de días, mientras viene el cocinero nuevo de Natales.

No hablaron más. La peonada se repartió por la estancia y Juan de Dios Barría se fue a sus ollas.

Por la tarde, cuando sonó la campana, los hombres abandonaron el trabajo para ir a sus respectivas piezas a asearse. Algunos pusieron "Pantalón derecho" y todos después en alegres grupos se dirigieron al comedor comentando: "Veremos cómo resultan los caldos de Barría".

Encontraron buena la comida. Se lo dijeron al mismo Barría que en esos momentos estaba con ellos en el comedor.

El chilote se sintió orgulloso, satisfecho y por decir algo o por disimular su vanidad comentó con su dejo acostumbrado:

- No es ná compañeros, todo es cuestión de cachaera nomá... Total, unos cuantos litros de agua y unas pocas tumbas...

"Narigueta", un hombre de pequeña estatura, muy bromista, y de una nariz ganchuda que parecía internarse en la boca, rió franca y sonoramente: "Ja, ja, ja, pocas tumbas, ja, ja..."

Desde ese instante, Juan de Dios Barría lo llamaron "Pocas tumbas. Ese apodo cayó tan bien en la estancia que después ya no le sonó a él mismo su propio apellido.

(*) Santiago Pérez Fanjul (1913-1952), escritor magallánico nacido en General Villegas, República Argentina. Llegó muy niño a Punta Arenas, donde estudió en su Liceo de Hombres. Más tarde residió en Puerto Natales y fue animador intelectual de la entonces pequeña población de Ultima Esperanza, junto a los hermanos Wegmann, Jorge Rubén Morales, Amado Aguilar y Mandradel. Cuando regresó a Punta Arenas ingresó como periodista en "La Prensa Austral" y escribió algunos cuentos. No alcanzó a publicar un libro en vida.

Poesía magallánica.

Luis Alberto Barría (1954).

Este poeta nacido en Punta Arenas hizo sus estudios básicos y medios en el Liceo Salesiano San José. Más tarde ingresó a la antigua sede de la Universidad Técnica del Estado donde se especializó como técnico operador de plantas químicas, recibiendo el título de ingeniero de ejecución. Desde muy joven se interesó por la poesía y en 1978 publicó su primer libro de versos: "Despertando en otra luna", con prólogo del profesor Fulvio Molteni. Tiene una importante obra inédita que guarda para ser publicada con el tiempo.

Pero más que el silencio.

Cuando tu voz despertó,
era más que una frase amurallada,
era más que el pensamiento
condensado
en lentas sílabas de invierno.

Más que tus ojos,
eran planetas los que brillaban,
los que daban vueltas entre paredes,
los que se dormían en tus cansadas manos.

Cuando tu voz quedó,
también quedó el instante respirando
entre el silencio,
también quedó la noche atrincherada
entre las lámparas del girar.
También quedó mi puerta
recitando su loca posición.

Eso fue ayer;
la otra vida,

el otro amanecer que se rompía
entre mis pasos al volver...

Pero también quedó tu silencio,
y tus palabras.
Pero más que el silencio,
tus palabras...